

SOBRE PERIODISMO Y CIENCIA

FELIPE MELLIZO

ESTAS páginas son una aportación más a la copiosa literatura periodística que los españoles dedican últimamente a informar o comentar acerca de hechos científicos, médicos y tecnológicos. Un estudio socio-estadístico de lo que está ocurriendo en este sector de la información, en este país, daría resultados sorprendentes, aunque, probablemente, equivocados. Por ejemplo, en la semana transcurrida desde que apareció el último número de esta revista y el martes 29 de enero, los diarios de Madrid publicaron nueve artículos y 47 noticias directamente relacionados con esos temas. Si se incorporasen a este rápido sondeo los diarios del resto de España y los semanarios, cabe suponer que podría llenarse un buen volumen. Y, si aún fuese posible contar los espacios radiofónicos y de televisión, el número de palabras médico-científico-tecnológicas impresas en una semana llegaría a plataformas verdaderamente chocantes.

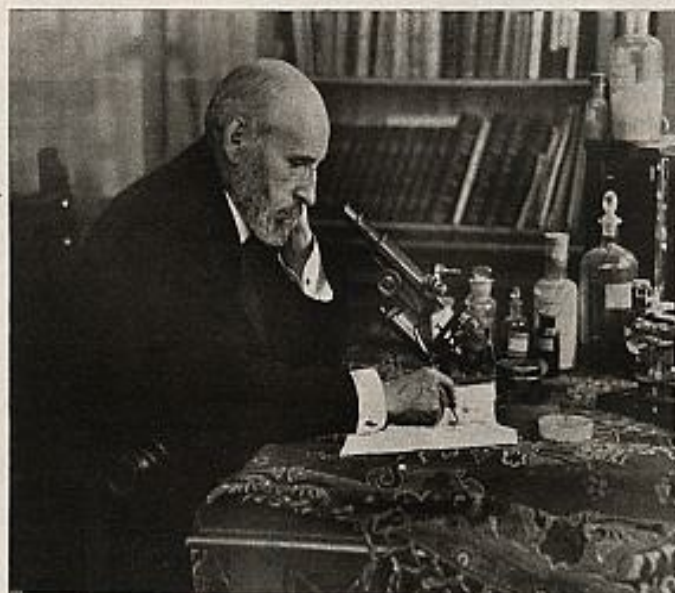
El fenómeno es obvio y relativamente reciente. Muchos diarios tienen secciones especializadas fijas, con reductos para la Medicina. Otros, todos en realidad, se ocupan en cada una de sus ediciones de alguna cuestión de esta índole. Se publican numerosas revistas de información y divulgación, editadas por empresas periodísticas, entidades científicas, compañías industriales, asociaciones profesionales, Academias, departamentos oficiales, Universidades y Fundaciones. Han florecido, entre los grandes árboles de esta selva, hongos variados dedicados a las "paraciencias", las brujologías, los "ovnis", los trabajos manuales y una especie de "más allá" bastante zarzuelero. Hay una Asociación de Periodismo Científico, varios grupos de jóvenes periodistas, especialmente en Madrid y en Barcelona, que tratan de colocar su mercancía en la gran feria, columnistas veteranos y bisoños, glosadores exclusivamente literarios, como el señor Sender (que descubre mediterráneos científicos), y políticos con afición, como Garrigues, que echan su cuarto a espadas. Así pues, al menos en lo que atañe a

la cantidad, aquí se está viviendo, desde hace más o menos cinco años, una explosión parecida a la que se vivió, por ejemplo, en los Estados Unidos en la década de los cincuenta, bien es verdad que con una calidad notoriamente inferior.

Es posible, e incluso fácil, buscar las razones típicas, que todo el mundo está ya un poco harto de escuchar: el desarrollo industrial, los deseos de revancha científica, el amarillismo periodístico, siempre dispuesto a exprimir niños con dos cabezas,

por supuesto, aquí se está produciendo otra información, más seriamente intencionada, sobre todo cuando tiene que ver con la política. No siempre, ni siquiera casi siempre, es correcta, pero ese es otro cantar.

Los directores de periódicos y agencias han incorporado a sus servicios estos temas de manera regular, porque los hechos científicos, médicos y tecnológicos (y luego hablaremos de esta trinidad) ya no son, como antes, noticias posibles, sino LA NOTICIA vasta y general de nuestra época.



Ramón y Cajal.

medicinas que lo curan todo, baños que rejuvenecen, cohetes que se zambullen en los "agujeros negros", operaciones quirúrgicas espectaculares, penes postizos y todo lo que, teniendo algo que ver con lo que vagamente llaman algunos "ciencia", resulta, además, emocionante. En un escrito dedicado a esta cuestión decía Martín Gardner, que si es un "periodista científico" de los de verdad, que una parte de esa voracidad se debe a un género subperiodístico: la "información-ficción". Tiene, culturalmente, algún parentesco con las viejas ferias en cuyos barracones más impresionantes se exhibían fenómenos endocrinos, líquidos que echaban chispas, terneros con cinco patas y juegos de luces. Pe-

ca. Incluso en el humilde mundo que corresponde al cronista, se cabalgan motores de explosión, sobre cintas de aglomerado asfáltico que ajustan sus curvas peñaltadas al milímetro bajo finos puentes de acero. Sobrevuelan nuestras cabezas aviones que han dejado de ser naves para convertirse en proyectiles y al revés. Nos importa el termómetro, algo menos el barómetro, y los hombres del tiempo nos han enseñado lo que son las isobaras y los anticiclones. Nos la jugamos con las centrales nucleares o con las coronariografías. Pasamos las veladas caseras asistiendo a ese sucedáneo de la Misa Mayor que es el oscilógrafo de rayos catódicos, por mal nombre "televisión". Hacemos la cuenta de la

compra con un calculador digital y tenemos un relojito fluorescente de cristal líquido. Comemos edulcorantes, aditivos y pilules de proteínas puras. Y tenemos la inconcreta pero pesada idea de que aquí hay algo que no funciona en ese asunto, que no nos lueven los Nobel, ni nos quedan bolsillos para pagar "royalties", ni debe estar bien del todo lo que nuestro Gobierno y nuestras empresas privadas hacen para sacarnos de nuestra perplejidad. De alguna manera, unos más profundamente que otros, sabemos que nos va la vida en el juego.

Y nos va, desde luego, el dinero. Detrás de cada una de las noticias médico-científico-tecnológicas hay un dinero corpulento, que a veces sale de nuestros bolsillos y, las más, va a parar a los de otros o al crematorio del derecho. Cosas que creíamos, en nuestra inocencia, simples, como que de las huertas salen tomates o que los automóviles necesitan gasolina, se han convertido de pronto en octanos, lejanos desiertos, fertilizantes, "alternativas energéticas" y congeladores.

El periodista científico nació a consecuencia de esta explosión. No era un divulgador, que es otra cosa, ni, en la mayor parte de los casos, entendía de aquello a lo que dedicaba su atención como mejor podía. Sigue siendo así. Tampoco tiene por qué ser otra cosa. Pero se enfrenta, en España y en otros países, aunque aquí se cuezan más habas, con varios peligros graves.

En primer lugar, con la irritación de los científicos y técnicos, a los que suele poner muy nerviosos que se diga kilovatio donde se debería haber dicho megavatio, pero, sobre todo, que se meta en el sagrado templo de los sacerdotes autorizados un advenedizo reportero que, incluso, puede haberse dedicado a entrevistar "vedettes" unos días antes.

En segundo lugar, se enfrenta con las tentaciones. Alton Blacklee, un viejo y avezado periodista científico de Associated Press, dice que una vez le ofrecieron 17.000 dólares para que mencionase un nombre comercial en un artículo. Aquí no está

CIENCIA

SOBRE PERIODISMO Y CIENCIA

tan alta la cotización, pero tan pronto como se mete uno en esta parcela, empieza a recibir sugerencias plateadas, invitaciones atractivas, billetes de avión para ir a Zurich, lapiceros de oro y jarritas de porcelana en Navidad. Las grandes empresas y las que no son tan grandes tienen fórmulas sagaces para comprometer sin que uno se dé cuenta del todo. Sólo cuando pasan los meses advierte el inocente que va a tener un bebé. (Si a mí también me pasó eso, qué le vamos a hacer, y tuve mi lapicero de oro o me pagaron por un artículo una pasta equivalente a la que de ordinario se recibe por diez, o me llevaron a cenar a un restaurante formidable para que conociese a un caballero que había ganado el Nobel de Física o de lo que fuese.) La oferta no es casi nunca evidente: transcurre por los cauces de la cortesía, según las fórmulas del "cohecho de la amistad". Y, sin embargo, los lugares de los que debería llegarle al informador el tesoro de la verdad escueta, que es nuestra materia de trabajo, no llega. A fuerza de patadas, de libros, de llamadas telefónicas y de memoria, el periodista consigue enterarse de las cosas, averigua minucias o grandezas del pensamiento y las larga a una multitud ávida. ¿Bien? Pues, en general, no. Los que saben Química son los químicos, pero, en cambio, no saben escribir cosas como "París, 15. Un laboratorio de Marsella acaba de descubrir tal cosa y tal otra...". La información **ESTRICTAMENTE CIENTÍFICA** aparece sólo en las publicaciones profesionales o se intercambia en los Congresos, casi siempre con retraso y siempre en el lenguaje críptico de los que dominan la liturgia. Pero lo que la gente quiere saber y lo que el director de un periódico compra no es eso, sino algo mucho más grave: **QUE TIENE QUE VER CADA HECHO CIENTÍFICO O TECNOLÓGICO CON NUESTRA PROPIA VIDA.**

Ciertamente, para llevar a cabo su tarea con dignidad, el periodista debería saber más. Pero en nuestro país no hay cursillos de buen nivel para poder aprender. Nuestras Facultades de Ciencias de la Información son infantiles y desdichadas académicamente. La curiosidad de los informadores es limitada porque es limitada la eficacia de su escolaridad, como la de todos los ciu-

dadanos. Sólo la experiencia consigue hacer de un periodista un frío y capaz observador. La verdad es que, con unas pocas excepciones, estamos todos en mantillas y, sin embargo, produce asombro y espanto escuchar lo que le vienen a contar a uno de los profesionales de la ciencia y la técnica que acuden a las Redacciones con sus folios.

Yo creo que, para ordenar el tema en lo posible, habría que comenzar por definir lo que es una "noticia científica, médica o tecnológica", y esa definición, por más que les disguste a los propios científicos, tiene que ser periodística. Nadie se ha ocupado de elaborar esa definición en nuestro país, pero abundan los trabajos al respecto en Inglaterra, Francia, Alemania, la Unión Soviética y los Estados Unidos. (Sugeriría, por cierto, la lectura de un libro, simple y metódico: *Writing Science News for the Mass Media*, de David Warren Burkett, Houston, 1973.)

Bien. Por lo pronto, esa "noticia" debe ser una "noticia". Es decir, debe informar acerca de algo NUEVO, desconocido hasta ese instante por la opinión pública. Además, tiene que ser "actual", lo que implica ciertas dificultades, porque los acontecimientos científicos no tienen lugar con la subitaneidad de los sucesos, los debates políticos o los resultados de los partidos de fútbol. Y, en tercer lugar, tiene que ser "relevante": no le importa a nadie, por ejemplo, saber que un laboratorio ha comprado un microscopio, aunque sea estupendo. La "relevancia", desde luego, puede ser fabricada. Un periodista británico me contó una vez que trató de probar una hipótesis sostenida frente a sus compañeros de tertulia repitiendo la misma noticia tres veces, a lo largo de doce o catorce días, redactándola cada vez de una manera. La primera vez salió en las páginas humildes de su periódico por decisión del redactor jefe. La segunda pasó a una página impar, más noble y más destacada tipográficamente. La tercera apareció en primera plana, porque el tema ya "sonaba" y había adquirido importancia por la repetición, simplemente.

Pero claro está que el periodismo científico no es sólo la divul-



Ramón J. Sender.



Joaquín Garrigues Walquer.

gación de hechos nuevos, actuales y relevantes. Forma parte esencial de su tarea la glosa, la explicación de los procesos y sus implicaciones sociales, políticas y financieras, la crítica y la popularización, es decir, la reducción del lenguaje específico de la ciencia al lenguaje de la calle. Los tres errores que más comúnmente se cometen en nuestro ámbito son el "personalismo" —convertir en noticia a los individuos—, el gusto por los "descubrimientos sensacionales", aunque no lo sean tanto, y el recurso al refrito, en general de fuentes extranjeras (periódicos, boletines de Embajadas, revistas, etcétera). En el caso de la Medicina, que es un mundo aparte, el problema adquiere otras dos características peligrosas: el hecho de que se trata de un ejercicio en el que se debaten cuestiones humanas radicales y la presión inmensa de los fabricantes de drogas y de otros medios técnicos. Los médicos inteligentes y, en general, los investigadores que trabajan en el campo de las ciencias biológicas se quejan de los periodistas, muy a menudo con razón, por su tendencia a incurrir en dos faltas: la información prematura y el exceso glorificante. El reciente caso de las investigaciones sobre ciertos tipos de cáncer llevadas a cabo por el doctor Mario Gosalvez es un ejemplo perfecto de ambos errores. En un país como el nuestro, tan falto de honores científicos, la tentación de encontrar un Ramón y Cajal en cada esquina es casi irresistible.

Me parece que, en estos momentos, el cometido de un periodista científico español honesto y capaz es importante. Como en otros sectores de nuestra vida en común, el desarrollo de la ciencia y la tecnología nos atañe directamente a todos los ciudadanos. No sólo porque la ciencia es una parte fundamental de la cultura, en la misma medida que las

artes y las letras, sino también porque —como estamos viendo estos días— ese desarrollo supone compromisos políticos, cambios profundos en las estructuras educativas e inversiones cuantiosas que, en última instancia, salen siempre de nuestros bolsillos. Además, en una esfera superior, no hay proceso científico en el que no se manifiesten, velada o claramente, problemas éticos y problemas jurídicos que afectan profundamente nuestras simples vidas. Sólo después de comprender eso sería posible tratar de averiguar, de entender y de contar cuáles son las grandes cuestiones que los científicos están tratando de resolver y, para eso, hace falta que los periodistas incorporen a sus saberes lo que hasta ahora ha sido una muralla de misterios: los números, las técnicas de acercamiento a las leyes naturales y la comprensión básica de los principios del pensamiento analítico y del método experimental. Seguramente, a estas alturas, es mucho pedir. ■



Avicenna.